SEGUNDA PARTE

EL FRUTO PROHIBIDO

I

EL TRUENO

CUANDO el calor echa de las grandes poblaciones á las gentes acomodadas cuya fortuna les permite el placer de veranear, se reune en los baños de Cestona una sociedad de enfermos bastante escogida.

No se ven allí los paralíticos que acuden á Alhama de Aragón casi seguros de encontrar el movimiento que les falta á sus miembros entumecidos; ni los malhumorados pacientes que van á buscar en los baños de Archena una salud loca-

mente perdida; ni los semblantes macilentos de la mayor parte de los que se prometen encontrar en los manantiales de Aguas-Buenas la renovación, bastante difícil, de una vida agotada; ni, en fin, los cadáveres, digámoslo así, moribundos que, después de muchos trabajos, consiguen llegar á las ásperas alturas en que brotan las solitarias aguas de Panticosa.

No, señor; los que habitualmente concurren á los baños de Cestona son unos enfermos de los que puede decirse que gozan de regular salud.

En el cólera de 1855, el gobernador de Barcelona quiso asegurar al Gobierno el buen estado sanitario de la ciudad, y dirigió al Ministro de la Gobernación un despacho, concebido, poco más ó menos, en estos términos:

«Aquí, Excmo. señor, no hay más que enfermedades saludables.»

Pues bien: esa frase, que si no recuerdo mal publicó entonces la *Gaceta de Madrid*, puede aplicarse á los enfermos que visitan las aguas medicinales de Cestona.

El establecimiento de estos baños es espacioso, y se halla situado á la sombra de un monte cubierto de castaños; pasa por allí un riachuelo, que más adelante se convierte en ría, para desembocar dignamente en el Océano.

Dentro de la casa tienen los enfermos salón de sociedad, donde se pasa la noche en animada tertulia; allí se murmura, se juega, se canta y se baila; hay mesa de tresillo y mesa de billar: nada

falta á la comodidad y á la distracción de los enfermos.

La vida no se pasa allí mal, pues aquellas aguas, aquellos aires y aquellas montañas despiertan el apetito, y se come bien. Por lo demás, se hacen excursiones á los sitios más pintorescos de las cercanías.

A un tiro de fusil está la pacífica aldea que da nombre á estos baños, y más allá, camino de Zumaya, se deja á la derecha el valle de Oiquina, escondido, solitario y triste, que ofrece á la vista un precioso panorama.

No me sería difícil designar con sus nombres y apellidos y con todas sus circunstancias individuales á las personas que se hallan reunidas en los baños de Cestona en el momento en que voy á dar principio á mi relato, porque los periódicos han publicado repetidas listas de los personajes que allí se encontraban; mas sea el que quiera el interés que pueda inspirar tal estadística, á nosotros no nos son indispensables datos tan precisos para la completa inteligencia de la historia que referimos.

Acababa de pasar el coche que desde la estación de Zumárraga conduce el correo á Cestona y á Zumaya, y los bañistas, reunidos en el salón, ojeaban los periódicos y leían las cartas, comunicándose unos á otros las noticias más interesantes.

No todos se entretenían en ojear periódicos ó en leer cartas, pues la señora de Montfort mataba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

el tiempo majestuosamente recostada sobre el diván del salón, mirando unas veces al techo con distraída indiferencia, ó siguiendo con sus grandes ojos verdes y algo saltones los arrogantes pasos y el marcial continente de un joven que paseaba su gigantesca persona de un extremo á otro de la estancia, dejando ver ciertas señales de reprimida impaciencia.

La señora parecía complacerse en medir á hurtadillas las anchas espaldas y las hercúleas formas del joven, que, por su parte, afectaba hacia ella una especie de desdén algo sospechoso.

Entretanto, una señorita bastante agraciada lucía sus preciosas manos, haciéndolas correr como dos locas por las teclas del piano, que exhalaban con todo el rigor del arte los más tiernos acordes.

El general Montfort jugaba desesperadamente al tresillo en un ángulo del salón, dejando oir su voz dura y su acento catalán, con la misma violencia que si mandara cargar á la bayoneta á un regimiento de infantería.

No debe extrañarse la exasperación de su habitual aspereza, porque aquella noche jugaba con malísima suerte: había sufrido ya dos *codillos*, y le habían cortado una *bola*. Iba al *robo*, sin conseguir ver un *estuche*, y era víctima de los más desastrosos *encartes*.

Comprenderemos la furia de este bizarro general cuando sepamos que la *espada* huía siempre de su mano.

Otras personas, acá ó allá, de pie ó sentadas, hablaban en voz baja ó bostezaban silenciosamente, á la vez que en la pieza inmediata se oía el choque de las bolas de marfil, que rodaban sobre la mesa de billar, ejecutando las más difíciles carambolas.

Como se ve, en esta noche la tertulia no parecía excesivamente animada, y pudiera creerse que el fastidio empezaba á invadir el buen humor de los bañistas de Cestona. Por lo demás, las señoras se hallaban vestidas con exquisito esmero, medio de corte, medio de campo, lo que daba á la reunión cierto aspecto pintoresco y teatral.

Bien observado el caso, se advertía entre los concurrentes cierta animación sorda, pues circulaban misteriosos cuchicheos, y había sonrisas equívocas y miradas maliciosas, que iban de una parte á otra, como si todos los presentes estuvieran en el secreto del asunto de que se trataba.

La señora de Montfort permanecía aislada, sumergida, si podemos decirlo así, en su inalterable indiferencia. Y si por acaso era ella el objeto de aquellas discretas murmuraciones, preciso es confesar que su aspecto impasible desafiaba con desdeñosa arrogancia las iras de la maledicencia.

El joven Hércules, sobre cuya gigantesca persona llamamos antes la atención, continuaba paseándose de un extremo á otro de la estancia, interrumpiendo sus paseos de tiempo en tiempo, unas veces deteniéndose delante del piano, como si quisiera admirar por sus propios ojos la agili-

dad de los dedos redondos y sonrosados que recorrían las teclas, y otras parándose algunos instantes delante de la mesa del tresillo, para enterarse de algún curioso accidente del juego.

Una viuda que todavía llevaba en sus adornos las últimas sombras del luto, se dirigió á una de las ventanas del salón que daba al campo, y levantando los ojos al cielo, en cuyo fondo azul brillaban magníficamente las estrellas, tosió con cierta insistencia, y dijo en voz alta:

—Me parece que hay tempestad.

Este anuncio hizo reir á varios de los circunstantes, y la señora de Montfort hizo un movimiento, como si buscara una posición más cómoda.

—¡Tempestad!—exclamó uno que se hallaba próximo á la ventana.—No veo señal ninguna: el cielo está claro y sereno.

—No se fíe usted—replicó la viuda—de esa calma aparente. La atmósfera está cargada de electricidad; eso es indudable.

Aquel á quien iba dirigida esta observación meteorológica se encogió de hombros, diciendo:

—Es posible que haya usted visto surcar el horizonte algunos relámpagos, porque ese fenómeno atmosférico se observa en las noches más serenas del verano, sin que hasta ahora, que yo sepa, haya sido anuncio de próximas tempestades.

La formalidad, digámoslo así, competente, con que fué dada esta respuesta casi científica, hizo sonreir á los que seguían el curso de esta conversación, incluso á la señora de Montfort, que tuvo

la bondad de sonreirse, haciendo con la boca un gesto bastante desdeñoso.

El que así acababa de hablar no encontró el motivo justificado de aquellas sonrisas, porque sus palabras estaban muy puestas en razón, y lo que había dicho no merecía el honor equívoco de aquella hilaridad, que debió parecerle de malísimo gusto.

Por lo visto, no comprendía el verdadero sentido que encerraban las observaciones de la viuda, siendo, en tal caso, uno de los pocos concurrentes que no estaban en el secreto de lo que allí ocurría.

—No sé—añadió la viuda, dando á su fisonomía una expresión picaresca;—no sé distinguir de relámpagos; pero siempre he oído decir que las grandes calmas son precursoras de grandes tempestades; y vea usted qué silencio y qué inmovilidad reina en la naturaleza. Confieso mi debilidad; esta calma me aterra.

—Si usted se obtina en ello—advirtió el otro—tendremos tempestad, y habrá rayos y centellas; porque, ¿quién resiste al capricho de una mujer? Mas, por mi parte, aseguro que la tempestad no ha de quitarme el sueño.

—¡Ah! Es usted muy incrédulo—dijo la viuda.—Yo le tengo un miedo terrible á las nubes, y, además, poseo un barómetro infalible.

—¿Cuál?—preguntaron algunos.

—Mis nervios—contestó.

—¿Y bien?—volvieron á preguntarle.

—Nada—dijo;—que me siento sumamente nerviosa.

La señora de Montfort miró atentamente á la joven viuda con ojos escudriñadores, con esa mirada con que leemos las palabras escritas en letra poco inteligible.

Sin duda pretendía indagar en la expresión del semblante el verdadero sentido de lo que decía.

Ésta, por su parte, no reparó en el examen de que era objeto, y adelantándose con graciosa desenvoltura, detuvo en medio del salón al formidable Hércules, que continuaba, como hemos dicho, su paseo, indiferente, al parecer, á la disputa que acababa de suscitarse.

Lo detuvo, y le dijo:

—¿Cree usted, Román, que no tengo razón?

—Señora—le contestó encogiendo sus robustos hombros:—no poseo bastantes conocimientos para decidir una cuestión tan grave.

—No se trata—advirtió ella—de decidir; se trata solamente de que nos diga su opinión. Creo—añadió riéndose como una loca—que cuento con gran mayoría de votos, y el de usted no deja de ser importante, á pesar de su modestia respecto á conocimientos..... ¿cómo se dice?..... á conocimientos.....

—Meteorológicos—dijo una voz.

—Eso es—repitió ella:—meteorológicos.

—¡Ah, señora!—exclamó Román.—Si es que se ha de decidir esta cuestión atmosférica por mayoría de votos, me inclino desde luego á su

parecer, porque, lo confieso ingenuamente, me gustan las tempestades.

La señor de Montfort se agitó sobre su asiento, cruzando los pies sobre el taburete en que los apoyaba, con un aire que podía pasar por el primer soplo del huracán de aquella tormenta que se discutía.

Así debió entenderlo la promovedora del debate, pues mirando á la señora de Montfort con amable sonrisa, dijo:

—Estoy segura de que la generala es también de mi parecer.

—Es posible—contestó ésta secamente.

—En ese caso—siguió diciendo—mi triunfo es completo.

—No tanto—replicó Román—porque de todas maneras, atendiendo á la estación en que nos encontramos, no pasará la tempestad de ser una ligera nube de verano.

La señora de Montfort tosió, como si hubiera querido desembarazar su garganta de algún nudo repentinamente formado.

Entonces la revoltosa viuda se volvió hacia su primer contrincante, que, dudoso de lo que debía creer, sondeaba desde la ventana las profundidades del cielo, buscando en la serena tranquilidad de la naturaleza algún anuncio, algún indicio de la tempestad de que se trataba.

Se volvió, pues, hacia él, y le dijo con aire triunfante:

—Vamos..... ¿está usted convencido?

—Señora—replicó—es posible, y no me atreveré yo á jurar lo contrario, que dentro de una hora tengamos sobre nuestras cabezas la más deshecha tormenta; pero la verdad es que el cielo guarda tan sigilosamente el secreto de la catástrofe que nos prepara, que no veo en él señal ninguna que le advierta.

—En ese caso—insistió ella—me veo en la necesidad de declarar que está usted ciego.

Y dando media vuelta, se asió con encantador aturdimiento al poderoso brazo de Román, como si buscara un refugio bajo el amparo de su gigantesca persona.

Un ligero murmullo de aprobación circuló por la concurrencia, celebrando la gracia de sus movimientos y la viveza de su genio, á lo cual contestó con esa lenta inclinación de cabeza con que las grandes y las pequeñas actrices recogen los aplausos de los espectadores.

Al mismo tiempo dijo:

—El ayudante del general Montfort me protege.

Pronunció estas palabras, dando á su acento y á su fisonomía una expresión sumamente picaresca, que no se escapó á la perspicacia de muchos de los circunstantes, pues el murmullo se convirtió en risas.

En efecto: el Hércules que tenemos en escena era ayudante del general Montfort; su nombre era Román; pero la viuda se complacía con frecuencia en designarlo con el título de su empleo, y lo

hacía siempre con cierto énfasis, marcando especialmente la palabra *ayudante*.

Este capricho constituía en ella una gracia generalmente admitida, pues rara vez dejaba de excitar la sonrisa en los que la oían.

El ayudante del general Montfort quiso también contribuir por su parte al éxito; mas alguna reflexión súbita debió contenerlo, helando la sonrisa en su boca.

Por lo que hace á la generala, aunque imperceptiblemente, frunció el entrecejo y se mordió los labios.

Asida al brazo del ayudante, la movible viuda comenzó á pasearse á lo largo del salón, entablando con su compañero de paseo un diálogo animado, íntimo, en voz muy baja, dejando oir únicamente medias palabras, como si quisiera tentar la atención de los más curiosos, dejándoles coger algunos cabos sueltos de la conversación, que, digámoslo así, llevaba entre manos.

Estaba en escena, y los circunstantes seguían sus movimientos y sus palabras con el mismo interés con que en el teatro seguimos los accidentes de la comedia que se representa á nuestros ojos; y hablando entre sí, decían:

—¡Oh, es una mujer deliciosa!

—Un verdadero diablillo.

—Se ha empeñado en que haya tempestad.

—Y va á conseguirlo.

—La generala la mira de reojo.

—¡Ya lo creo!

—Román está en un potro.

—Ya..... es la víctima.

—¡Silencio!.....—exclamó de pronto, deteniéndose en medio del salón.—¿No oyen ustedes?

Todos guardaron silencio, abriendo los oídos de par en par, y hasta enmudeció la voz del piano en medio de una difícil *fermata*.

Pero nada se oía.

—¿Qué es ello?—le preguntaron.

—Un trueno—contestó.

—¡Un trueno!

—Sin duda. Lejano..... muy lejano; pero trueno,

Diciendo esto, abandonó el brazo del ayudante, y se dirigió á la ventana, aplicando el oído.

—¡Otro!—dijo.

En efecto: se distinguía confusamente un rumor lejano, interrumpido de vez en cuando.

—No es trueno (advirtió uno de los que escuchaban): son ráfagas de aire.

—Será el ruido del mar—dijo otro—que suele oirse á largas distancias en el silencio de la noche cuando el viento viene de la costa.

—Si en este país hubiera inundaciones—añadió un tercero—creería que algún río había salido de madre; porque el ruido que oigo se parece al que produce un torrente.

—¡Ah!—exclamó una señorita realmente asustada.—¡Si será un terremoto!

—Tampoco es posible—le contestaron—porque en estos valles no se experimentan esos sacudimientos de la tierra. Además, un terremoto tan

repetido nos habría sepultado ya bajo estos montes que nos rodean; y, en honor á la verdad, nada se mueve á nuestro alrededor.

El rumor proseguía, interrumpido por desiguales intervalos, y proseguía dejándose oir cada vez más próximo, más distinto y más pavoroso.

—¡Ea!—dijo la impaciente viuda.—Esto no puede ser más que truenos lejanos, el rumor de la tempestad que se acerca..... ¿Oyen ustedes ahora?..... Me parece que bien distintamente se oye.

La mayor parte de los que se hallaban en el salón se habían agrupado delante de la ventana, y escuchaban atentamente, sin saber á qué atribuir aquel rumor intermitente y profundo que iba y venía, acercándose siempre.

El que primero había sostenido la imposibilidad de una tempestad estando el cielo sereno y la atmósfera tranquila, era el que más atentamente escuchaba, porque estaba hasta cierto punto interesado su amor propio en que aquella noche, por lo menos, no se turbara la serenidad del cielo ni la tranquilidad de la atmósfera. Así es que, antes que ninguno, percibió una circunstancia que determinaba de una manera inequívoca la verdadera causa de aquel rumor pavoroso.

Entonces exclamó con convicción profunda:

—Señores: no es la tempestad que se acerca, ni el estrépito del mar que llega, á pesar de la distancia; ni es un terremoto que ruge, ni un torrente que se despeña; ni siquiera es el viento que brama en las cimas de los montes: no es nada de eso.

—¿Por qué?—le preguntaron.

—Por una razón muy sencilla—contestó.—Porque no hay noticia en el mundo de que las tempestades, ni las olas del mar, ni los terremotos, ni los torrentes, ni los huracanes paseen su furor por la tierra adornados con collares de cascabeles.

Dijo, y dió una vuelta sobre sí mismo, con la arrogancia del que acaba de aniquilar á su contrario por medio de un golpe maestro.

El rumor, que se dejó oir más claramente, confirmó sus palabras, y hasta la viuda reconoció la evidencia del caso, diciendo:

—Hemos sido muy torpes. La tempestad, el torrente, el terremoto y el huracán, quedan reducidos al rumor de un coche que pasa por el camino. Creo que pueden ustedes tranquilizarse, aunque, por otra parte, reconozco que había motivo para atemorizarse, porque no se puede negar que el trueno que nos ha puesto en alarma es un trueno de campanillas.

Alguno hubo que quiso disculpar su torpeza, y dijo:

—Un coche á estas horas no deja de ser un suceso extraordinario; hace una hora que pasó el correo, que es el único, ó por lo menos el último coche que pasa por este camino; nuestras dudas son, por consiguiente, muy disculpables.

Nada hubo que oponer á esta observación, y todos guardaron silencio.

II

LA SILLA DE POSTA

El ruido del coche cesó repentinamente en el momento en que más próximo sonaba; señal de que se había detenido en la puerta del establecimiento, y era claro que traía una nueva remesa de enfermos.

Probablemente estos viajeros no habrían encontrado asientos en el coche-correo de Zumárraga, y habían tenido que valerse de un coche, digámoslo así, extraordinario para llegar aquella misma noche á los baños de Cestona.

Semejante observación explicaba perfectamente la llegada de aquel coche inusitado; mas es el caso que tropezaba con una dificultad muy atendible, que uno de los que allí se hallaban expuso en los términos siguientes: